

# Desmercantilizar, descolonizar y despatriarcalizar

Es urgente cambiar el modelo de civilización vigente desde el siglo XVI, escribe para *Ideas* el sociólogo Boaventura de Sousa Santos

POR BOAVENTURA DE SOUSA SANTOS

La pandemia del nuevo coronavirus ha colado en cada hogar un soplo de inseguridad, de colapso de las rutinas más triviales, de un futuro con muchos túneles y pocas luces. Ha revelado dramáticamente la fragilidad de la vida humana en vísperas de que la humanidad exhiba su inmenso potencial para transformar la vida por medios tecnológicos, la llamada cuarta revolución industrial, la de la inteligencia artificial. La pandemia está siendo un drama global, pero la fragilización que produce resulta muy selectiva. Ha afectado principalmente a las poblaciones ya vulnerabilizadas por pandemias anteriores de las que han sido víctimas durante décadas e incluso siglos: las de la pobreza, el hambre, el desempleo, la falta de acceso a la salud y a la vivienda, la discriminación racial y sexual, la brutalidad policial.

Antes de la pandemia, el malestar de la mayoría de la población ya era grande, dominaba las conversaciones, las noticias, y llegaba al discurso político en dos formas de vocación antisistémica: protestas en las calles y crecimiento de la extrema derecha. La

pandemia ha añadido dramatismo a las incertidumbres del futuro. La ideología dominante desde los ochenta de que “no hay alternativa” parece ahora transformada en una idea suicida.

Vamos a entrar en un periodo de pandemia intermitente cuyas características precisas están por definirse. El juego entre nuestro sistema inmunológico y las mutaciones del virus no tiene reglas muy claras y, por tanto, tendremos que vivir con inseguridad, por muy emocionantes que sean los avances de la medicina moderna y de las vacunas. Sabemos pocas cosas con alguna certeza. Sabemos que la recurrencia de pandemias estará relacionada con el modelo de desarrollo y de consumo dominantes, con el cambio climático, la contaminación de los ríos, la destrucción de los bosques; que la fase aguda de esta pandemia no terminará hasta que el 60%-70% de la población mundial esté inmunizada; que el aumento exponencial de las desigualdades sociales dentro de cada país y entre países, y el hecho de que la gran industria farmacéutica (Big Pharma) no quiera ceder los derechos de patentes (las vacunas pueden ser el nuevo oro líquido), harán más difícil esa tarea; que las políticas de Estado y el

comportamiento ciudadano son decisivos. El mayor o menor éxito depende de la combinación específica de vigilancia epidemiológica, reducción del contagio mediante cuarentenas, eficacia de la retaguardia hospitalaria, atención a las vulnerabilidades especiales. Los errores y las negligencias han resultado en gerontocidio y otras formas de *darwinismo* social contra poblaciones empobrecidas o discriminadas por razones étnico-raciales o religiosas. Sabemos finalmente que el mundo europeo (y norteamericano) ha mostrado la misma arrogancia con la que trató al mundo no europeo en los últimos cinco siglos. Como todo el conocimiento técnico proviene supuestamente del mundo occidental, no fue posible aprender de los chinos cuando estos mostraron cómo lidiar mejor con el virus. Y actualmente la geoestrategia de las vacunas de la Big Pharma pretende mostrar la superioridad de la “ciencia occidental” sobre las vacunas procedentes de otros espacios con consecuencias, por ahora, imprevisibles.

Ante esto, se perfilan tres escenarios: fuga, *gatopardismo*, transición civilizatoria. La fuga es la alternativa propuesta por los superricos. Como el mundo está volviéndose un lugar demasiado peligroso debido a las pandemias, la contaminación, el cambio climático, la protesta social, la criminalidad, proponen mudarse a Marte, construir ciudades/colonias espaciales o preparar suntuosos búnkeres. Como este futurismo anarcocapitalista está fuera del alcance de los ciudadanos comunes (99,9% de la humanidad), no debemos perder el tiempo con él.

El *gatopardismo* consiste en cambios sectoriales en nuestras sociedades para que nada cambie en lo esencial. Los editoriales del *Financial Times* han sido una buena guía de *gatopardismo*. En los primeros meses de la pandemia advertían: “El virus revela la fragilidad del contrato social: se necesitan reformas radicales para construir un mundo que funcione para todos”. Proponen un papel más activo del Estado en la regulación de la



Abajo, reparto solidario de alimentos en Madrid, el 18 de febrero. Arriba, portada del nuevo libro de Boaventura de Sousa Santos. BURAK AKBULUT (ANADOLU AGENCY / GETTY IMAGES)

“**La democracia liberal es al ideal de democracia lo que el PIB a la felicidad de los pueblos. Es importante, pero no suficiente**”

economía y un mayor peso de las políticas sociales (salud, educación, pensiones, infraestructuras) que caracterizaron a la socialdemocracia europea. Las propuestas, importantes, representan el fin del neoliberalismo y merecen ser acogidas, pero no creo que puedan, por sí solas, contribuir a prevenir la recurrencia de pandemias en el futuro. No proponen ningún cambio en la matriz productiva, en los hábitos de consumo, en los ritmos y formas de sociabilidad.

La tercera alternativa se basa en la idea de que el modelo de civilización vigente desde el siglo XVI está llegando a su límite. Sus marcas más distintivas —naturaleza concebida como recurso incondicionalmente disponible, glorificación de la propiedad privada, progreso entendido como forma lineal de desarrollo y como legitimación del colonialismo, mercantilización de falsas mercancías (trabajo, tierra, conocimiento), acumulación infinita de riqueza— están siendo disfuncionales y ponen en peligro la supervivencia misma de nuestra especie. El nuevo coronavirus y los que vendrán deben interpretarse como advertencias de una naturaleza herida e impaciente. La única respuesta humana sensata es escuchar y empezar a cambiar. El proceso llevará décadas, pero debe comenzar ahora. He aquí las principales dimensiones. La naturaleza no nos pertenece, nosotros pertenecemos a la naturaleza. No hay derechos humanos sin deberes humanos. La ciencia es un conocimiento válido, pero hay otros conocimientos válidos. Para respetar la diversidad humana (racial, sexual, religiosa, de capacidades) es necesario celebrar la diferencia y rechazar la jerarquía entre los diferentes.

Hay progresos, pero no hay Progreso. El crecimiento económico infinito, la mercantilización de los bienes esenciales (agua, por ejemplo), el capital financiero no regulado y la obsolescencia programada de los bienes de consumo son potenciadores de crímenes de lesa humanidad y de lesa naturaleza. La propiedad individual debe respetarse en la medida en que respete los bienes comunes locales, nacionales y de la humanidad, y los bienes públicos como la salud, la educación y la renta básica universal. Las economías no capitalistas (populares, cooperativas, solidarias) deben estar tan protegidas como la capitalista. La economía fósil basada en el petróleo y el gas natural tiene los días contados. Se requiere un nuevo equilibrio entre el mundo rural y el mundo urbano. No habrá futuro compartido sin el derecho de los vencidos del pasado a la memoria y a la historia, y sin la reparación por las atrocidades y saqueos cometidos por los vencedores de la historia.

La democracia liberal es al ideal de democracia lo que el PIB a la felicidad de los pueblos. Es importante pero no suficiente y puede inducir a error. En adelante, democratizar nuestras sociedades significa: desmercantilizar, descolonizar y despatriarcalizar. Las palabras son feas solo porque es fea la realidad con la que quieren terminar.

Boaventura de Sousa Santos es sociólogo, autor de más de 40 ensayos. Este es un texto escrito para *Ideas* al hilo del lanzamiento de su último libro, *El futuro comienza ahora. De la pandemia a la utopía* (Akal), publicado el 2 de febrero.

Traducción de Antoni Aguiló y José Luis Exeni Rodríguez

